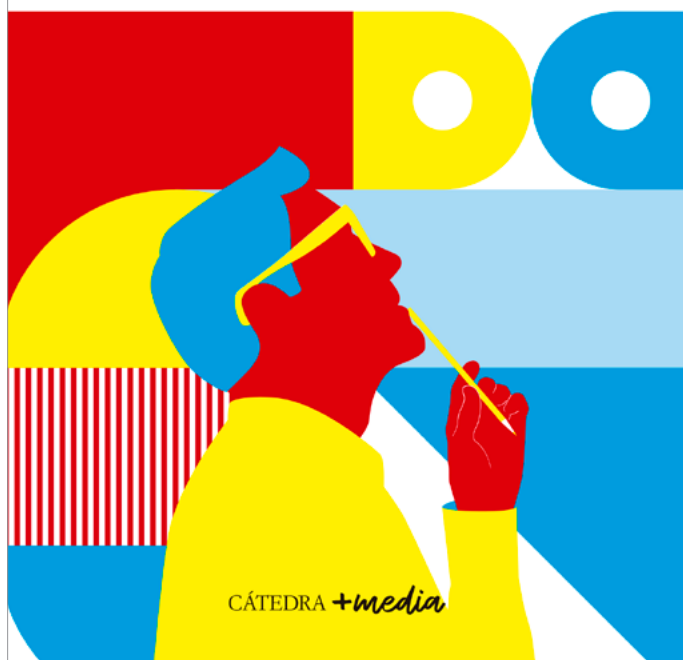


Basado en hechos reales

Pilar Carrera



Pilar Carrera, *Basado en hechos reales. Mitologías mediáticas e imaginario digital*. Madrid: Cátedra, 2020, 182 págs.

El libro *Basado en hechos reales*, de Pilar Carrera, se enmarca en la nueva colección +Media, de la editorial Cátedra, que se propone explorar las enrevesadas relaciones entre cultura, sociedad y tecnología. Y lo hace problematizando las palabras de moda, no solo en filosofía y teoría de la comunicación, sino en general en los discursos hegemónicos que provienen de lo que ha sido llamado la «mediápolis». Se trata de nociones como *fake*, complejidad, transparencia, posverdad, objetividad, cuerpo... La tesis general del ensayo de Pilar Carrera es que todos estos conceptos tienen un poso reaccionario y esconden una pulsión identitaria de regreso al orden;

en virtud de ello, deben ser combatidos a través de una aproximación progresista y dialéctica a la sociedad.

No solo a los hegelianos —como quien escribe— llama poderosamente la atención la fuerza dialéctica, o más propiamente especulativa (entendida como la búsqueda de una raíz común a lo que parecía *prima facie* separado), que vertebra todo el libro de Carrera. En especial, esta pulsión dialéctica se encuentra en el capítulo dedicado al *fake*, estructurado a través de una inteligente disolución de polaridades dicotómicas clásicas que están conservadas en los discursos hegemónicos. El *leitmotiv* de la argumentación del capítulo (y en cierto modo, de todo el libro) es que son las estructuras formales (y casi trascendentales, en un sentido kantiano) las que hay que criticar, las estructuras lógicas que subyacen a los discursos hegemónicos, y no tanto sus contenidos. En otras palabras: no hay que dejarse arrastrar por algunas falsas oposiciones que no ponen en discusión el auténtico problema: el lugar de enunciación. ¿Cuáles son, según Carrera, estas (falsas) dicotomías?

En primer lugar, la clásica que contrapone verdad y mentira. En efecto, el *fake* es un dispositivo cultural distinto a la mentira o falsedad tradicional, porque encierra una voluntad de verdad incluso después de su desocultación como *fake*. El mecanismo clave que explica su fuerza es, según Carrera, el de la des-responsabilización: ya nadie asume la paternidad, la autoría de la difusión de una *fake news*. Además, el novedoso significante '*fake*', en lengua inglesa, está dotado de una extraña legitimidad, una especie de aura, justamente por ser pronunciado en este idioma en todas las demás lenguas. Pilar Carrera, en los lugares más propiamente epistemológicos del libro, pone énfasis con razón en que, en una época en que se pierde la noción de la verdad como adecuación, los medios ya no contrastan las noticias.

Aunque no esté en el libro de Carrera, puede ser paradigmático para ilustrar la fuerza de lo *fake* en la actual mediápolis el reciente caso del «tour de la Manada» en Pamplona y sus consecuencias sobre el colectivo Homo Velamine. Este grupo, que se define «ultrarracionalista» y que combate proactivamente lo que define «cuñadismo», inventó la noticia de que se ofrecía un tour

por Pamplona recorriendo las calles en que tuvieron lugar los hechos de la tristemente conocida violación durante los Sanfermines. Este *tour* no existió en ningún momento, pero los medios de todo tipo (en especial, los tradicionales) publicaron y difundieron viralmente la noticia, lo que llevó a una serie de denuncias contra Homo Velamine como presuntos organizadores de un *tour* inexistente. Finalmente, sus responsables fueron condenados por un juez por daños morales a la víctima de la violación. En este caso, precisamente por la falta de corroboración de la noticia (ni siquiera en sede judicial), la *fake news* se vuelve real (en sus efectos) y revuelve su potencia muy real contra quien pretendía denunciarla o visibilizarla.

Esto nos lleva a recordar lo que Heidegger decía en «La época de la imagen del mundo» sobre la noción romana de la verdad como asociada al poder: la palabra romana por excelencia ya no es la *alétheia* griega, sino el *imperium*, que determina una concepción de lo verdadero *a contrario*, a partir de lo *falsum*, de lo que cae, de lo que ha sido derrotado.

La segunda polaridad puesta en tela de juicio por Carrera es la clásica entre naturaleza y cultura. Mediante un ejemplo muy lúcido, el libro analiza el debate sobre la buena o mala maternidad como una cuestión teórica y política, y no como una vivencia individual (ni de naturaleza cultural ni natural-instintiva). Los discursos contrapuestos y siempre culpabilizadores sobre la maternidad serían para Carrera una metáfora para entender el fenómeno del *fake*, como confusión constante de mensajes, afectos y emociones. En definitiva: como producción de ruido que no ataca las estructuras fundamentales desde las que se enuncian los discursos contrapuestos.

Otra falsa oposición dialéctica que no se trata explícitamente como tal, pero que se podría añadir en esta misma lógica, es la que afecta a la mal llamada «crisis migratoria»: las respuestas aparentemente contrapuestas sobre esta presunta crisis, esto es, la securitaria que cierra fronteras y la humanitaria que salva náufragos y propone repartos de cuotas de migrantes entre países, en realidad pertenecen a un mismo paradigma reactivo,

cortoplacista, meramente técnico, que no afronta las raíces políticas, éticas e históricas de las migraciones.

También se critica en el libro de Pilar Carrera tanto la abstracta separación como la burda identificación entre relato documental y de ficción, a través de la perversa expresión «basado en hechos reales», y que Pilar Carrera ejemplifica de manera excelente mediante la serie de HBO *Chernóbil*. Este es uno de los puntos en que se aprecia que este libro no es solo crítico o descriptivo, sino también propositivo: en efecto, apuesta por una reconstrucción de esta falsa dicotomía entre lo documental y lo ficticio no en un sentido ontológico y objetivo, sino político y discursivo (p. 99).

Prosiguiendo en el método «dialéctico» de Carrera, el de la complejidad y el de la transparencia serían otros ejemplos de discursos hegemónicos solo aparentemente contrapuestos. En efecto, estas dos nociones son excusas para cancelar todo poder crítico, reflexivo y meta-discursivo, apelando a una especie de inescrutabilidad. Esto conduce a un necesario conformismo, por parte de ciudadanos que o bien no pueden cambiar lo que no comprenden, porque es demasiado complejo, o bien no tienen derecho a quejarse, porque los mecanismos del poder se les ofrecen de manera presuntamente transparente, sin velos.

Esta lógica, por cierto, allana el camino para la llegada de la tecnocracia, en el sentido de que fomenta la aparición del experto. Esta figura se contrapone inmediatamente a la del ciudadano pasivo, como mucho llamado a detectar *fake news* como quien pesca peces en el mar, sin reparar en las estructuras profundas que generan y viralizan estas falsedades. A este respecto, es significativa una cita de Deleuze que aparece en el libro: «No existe archivo del mar, solo existen archivos portuarios. El poder lo tiene el mar» (p. 22). Hay que sospechar del mar, del lugar desde donde se ejerce el poder.

¿Qué es ese mar? ¿Dónde está el poder? Es ubicuo, invisible, poderoso. Pilar Carrera insiste en la dificultad de visibilizar este poder mediático por la ausencia de distancia. En concreto, aborda este tema expresamente en la segunda sección del libro, titulada «Sociedad sin espectáculo», mostrando cómo la era de internet y las

redes sociales hace necesario revisar la mayoría de tesis de Guy Debord. La sociedad mediática sin espectáculo se muestra como aparentemente horizontal, acéfala, despolitizada; por ello, genera una falsa sensación de control y empoderamiento por parte del usuario, que se enfrenta con el medio, por primera vez, a solas, frente a las experiencias sociales del cine e incluso la televisión.

El mar del poder del que se ha hablado antes se ha infiltrado en nuestra cotidianeidad individual y ya es muy difícil no solo salir de él, sino incluso detectarlo. Y no solo detectarlo como una estructura de poder, sino detectarlo sin más. Carrera desarrolla en este sentido la noción de una «naturaleza camaleónica del medio» (p. 45): los medios son «la vida misma», y esa falsa inocencia y presunta ausencia de distancia es poderosísima.

Además, el capitalismo de las redes e internet, frente al capitalismo tradicional, no permite identificar fácilmente lo que Bataille llamaba «la parte maldita» (el consumo desaforado). En efecto, el consumo en estas redes es aparentemente lúdico, inofensivo, porque es *prima facie* no-crematístico: en las interacciones entre los usuarios en Facebook o en Twitter no se vende ni se compra nada, no hay intercambio de bienes materiales, y no es fácil percibir la creación de valor que se produce en cada uno de nuestros *clicks*.

En este mismo sentido de intento de ocultación camaleónica, las industrias que subyacen a las redes sociales y a internet han cambiado su manera de presentarse al público: los CEOs de esas grandes compañías tecnológicas que dominan el mundo ya no visten caros trajes ni conducen coches ostentosos. Como puede verse en la película *La red social*, comentada acertadamente por Carrera, estos nuevos magnates van en camiseta, en chanclas, en vaqueros y en bici. De este modo reducen la distancia con el usuario/cliente y desactivan, también en cuanto a su presentación estética, mecanismos de respuesta o rebelión, generando incluso oscuros deseos de identificación. A este respecto, glosa lúcidamente Carrera: «las chanclas son mucho más eficaces que las corbatas, si de despistar o de mistificar se trata» (p. 38).

El libro aborda además un problema generacional que es muy importante resaltar: los nativos digitales

serán probablemente incapaces, o menos capaces, de comprender que viven en el mar descrito anteriormente (al igual que las figuras bidimensionales de la extraordinaria novela geométrica *Planilandia* de Abbott no pueden comprender en qué consiste la tercera dimensión). Nuestras generaciones (también la de este recensor) han entrado progresivamente en ese mar, se han ido sumergiendo paulatinamente en él. Pero quien ya ha nacido inmerso en su interior carece de muchas de las herramientas teóricas para comprender la lógica de los medios que denuncia Pilar Carrera, y por tanto de oponerse a estos mecanismos hegemónicos. La pregunta que surge a este respecto es la siguiente: ¿Hay una responsabilidad moral y política colectiva por parte de la última generación no nativa digitalmente para concienciar acerca de todas las trampas discursivas y lógicas que aborda este libro?

Estamos ante un ensayo que, constantemente, critica la retórica de la novedad sin por ello caer en una nostalgia quejumbrosa. En este sentido, hay una gran fuerza positiva en la reivindicación de la distancia de los medios espectaculares, de esos medios que se articulan alrededor de la lógica de la contemplación, del *spectare*. A este respecto, señala Pilar Carrera: «Ni contemplación se opone a acción (entendida como libertad individual en términos políticos), ni interactividad equivale a acción, sino que, en el contexto mediático que se ha apropiado del concepto, es esencialmente un simulacro de acción, en modo alguno emancipadora» (p. 41).

La consecuencia política de este enunciado es que las redes sociales y la lógica de internet, lejos de empoderar a individuos y colectivos, los han desarmado políticamente. En el libro se habla de polución climática y mediática, pero más allá de la pregunta ecologista, siempre pertinente, que titula un libro de Jorge Riechmann *¿Derrotó el smartphone al movimiento ecologista?*, cabe preguntarse, de manera más general, con Pilar Carrera: ¿derrotó el *smartphone* a los movimientos, sin más? ¿Y cómo se concilia esta pregunta con la observación de Fernando Broncano (en su reciente libro *Espacios de intimidad y cultura material*, perteneciente por cierto a la misma colección +Media) de que los movimientos tipo *occupy* nacen

como reacción ante el individualismo solipsista tecnológico, como búsqueda de otra forma de comunidad? En palabras de Broncano: «no es de extrañar que las formas de insumisión, los movimientos *occupy* vuelvan a los terrenos físicos, a la estética de los sin techo y al calor de las asambleas sentados en el suelo, en su nostalgia del concierto y el canto coral colectivo» (p. 101).

Otro de los grandes temas que se afronta el libro de Pilar Carrera es el de la posverdad. Frente a la manipulación informativa clásica, la principal novedad de esta noción consiste justamente en venderse como nueva (fundamentando así retrospectivamente al anterior marco, el de los medios tradicionales que sí nos ofrecían, presuntamente, la verdad, sin filtros ni ruido). En este sentido, es interesante la analogía que se desarrolla en relación con las pseudociencias, que al ser criticadas —justamente— afirman retrospectivamente de manera dogmática el paradigma científico *comme il faut*, presuntamente objetivo y casi sagrado. La crítica a la posverdad y a la pseudociencia responden por tanto a un mismo marco esencialista, a un deseo de regreso al orden, a la verticalidad, al fundamento.

Por ello, acierta Pilar Carrera al señalar que la posverdad (y se podría añadir, también las pseudociencias) no tiene nada que ver con la posmodernidad, que justamente criticaba toda pretensión —dogmática u ontologizante— de realismo y objetividad (p. 84). La misma crítica la extiende Pilar Carrera a la expresión con la que titula el libro, *Basado en hechos reales*, que pretende

sustraer a la crítica un elemento de ficción al presentarlo bajo el dogma de lo documental, lo objetivo y lo transparente.

Una mención aparte merece el interesante capítulo dedicado a Europa y al Modo de Representación Europeo (MRE), que apuesta por una visión no esencialista de Europa, entendida como un marco metatextual que funciona como elemento posibilitador de la coexistencia de diferentes relatos. Es difícil no compartir (y más en un momento de cierre de fronteras) esta reivindicación de una Europa abierta e híbrida, siempre proyectada fuera de sí (como decía Félix Duque en su ensayo *Los buenos europeos*): una Europa que reniega por igual del mito del origen y de la trampa de la novedad. Este modo de representación europeo concibe lo documental y la ficción como caras de la misma moneda, no como opuestos, pero tampoco como idénticos (p. 133). La reivindicación de esta Europa se hace «frente al contraataque actual de lo cultural, la pureza, la Verdad y lo identitario» (p. 149).

Estos son, por cierto, los blancos polémicos de todo este libro eficaz, denso y coherente. Un ensayo más pertinente que nunca tras la aparición de los virus mediáticos des-informativos y manipuladores que, por detrás de la pandemia del COVID-19, tienen visos de resistir y fortalecerse incluso cuando pase la emergencia sanitaria.

Valerio Rocco Lozano

Universidad Autónoma de Madrid, Círculo de Bellas Artes